

El techo de la Seguridad Social

La Seguridad Social española ha tocado techo. La proporción de los gastos totales de la Seguridad Social más las prestaciones por desempleo o paro ha llegado a lo que se estima el límite aceptable respecto al Producto Interior Bruto (PIB). Como consecuencia de ello —y es probablemente el núcleo de las 63 medidas anunciadas para racionalizar la Seguridad Social que el Gobierno ha enviado a las Cortes— durante los próximos años la tasa de crecimiento de la Seguridad Social más las prestaciones de desempleo no podrá ser superior a la tasa de crecimiento del producto interior bruto.

Ahora bien, como estamos en un período de crecimiento casi cero, la Seguridad Social no tiene más remedio que entrar en una fase de estricto control de gestión. La Seguridad Social es un gran esfuerzo que ha hecho el país. Es un progreso importante. Es también una carga, seguramente excesiva, sobre las empresas. Por consiguiente, es una especie de impuesto sobre las nóminas que repercute en una limitación del empleo: una empresa no sólo calcula lo que pagará al trabajador o empleado, sino lo que le costará mantener ese puesto de trabajo.

Pero los motivos de queja que ya hacen impopular buen número de servicios de la Seguridad Social no aconsejan que el control se haga precipitadamente como una pura reducción de prestaciones. Nadie aceptaría que el médico de un ambulatorio dedicara aún menos minutos —por no decir segundos— a la atención que presta al afiliado. La economía tiene que hacerse básicamente por un mejor control de gestión.

Lo malo es que faltan datos para una eventual auditoría lo mismo si se refiere a los aspectos económicos y financieros que si se refiere a los técnicos. La cosa, pues, va a pedir tiempo. Pero si se establece ya desde ahora que la Seguridad Social no podrá superar en su crecimiento el bien poco previsible del Producto Interior Bruto (PIB), la conclusión es que habrá que proceder a una reducción de costos que no redunde en detrimento de servicios y prestaciones.

Si supera el ochenta por ciento la proporción de españoles afiliados a la Seguridad Social, alcanza al ciento por ciento la de interesados en una gestión cada vez mejor. Pues es el ciento por ciento el que aspira a obtener unos servicios claramente especificados y estrictamente proporcionados a su coste.

Ofrecer los mismos servicios a más personas y con menos costo parece la cuadratura del círculo. La solución fácil —más dinero y sacado de las empresas— se agotó. Ya no podemos dedicarle más parte del producto nacional a la Seguridad Social: ha tocado techo. Ha llegado, pues, la hora del más exigente realismo.

Católicos y anglicanos, hacia la unión

Pocas semanas antes del histórico viaje que el Papa realizará a Gran Bretaña —del 28 de mayo al 2 de junio—, el camino hacia la unidad, o hacia la reunificación, entre católicos y anglicanos ha llegado a su penúltimo acto. Después de doce años de trabajo, la Comisión Mixta Anglicano-Católica hizo público anteayer el documento definitivo, cuyo contenido había adelantado días atrás un diario londinense.

En la reunión de los expertos de ambas Iglesias celebrada en Windsor del 25 de agosto al 3 de septiembre, se llegó a un acuerdo sustancial en temas como la Eucaristía, el Ministerio y la autoridad en la Iglesia. Entonces se ultimó el documento. Uno de los puntos que han despertado mayor interés en la opinión es la aceptación del «primado universal» del obispo de Roma, debido en buena parte a que ésta fue la cuestión central en la ruptura consumada, hace más de cuatro siglos, entre Enrique VIII y el Papado.

El trabajo de los expertos deberá ahora ser juzgado por los máximos responsables de la Iglesia católica y de la Iglesia anglicana. De su actitud dependerán los pasos sucesivos que puedan realizarse para llegar a la unidad. Sin poder todavía hacer previsiones a corto plazo, la perspectiva aparece muy esperanzadora. El primado anglicano Runcie ha manifestado su viva complacencia. Su voluntad ecuménica está fuera de toda duda, desde su misma elección y desde su encuentro con Juan Pablo II en tierras africanas. Sus buenos disgustos le cuesta, pues recientemente, en Liverpool, fue abucheado e insultado por grupos extremistas, que le llamaron «traidor» y «Judas». En cuanto al Papa, se refirió también elogiosamente al documento anglicano-católico durante el rito que presidió el pasado 28 de enero en la basílica romana de San Pablo Extramuros, de tantos recuerdos ecuménicos.

Hay otro factor que tener en cuenta: la actitud de la Corona británica. Protagonista de la ruptura, resulta también muy influyente su peso en la vía hacia la reunificación. Ahora bien, la reina Isabel II, durante su última visita al Papa, en su calidad de cabeza visible o gobernadora suprema de la Iglesia de Inglaterra, aludió en su discurso al ecumenismo y a la necesidad de plantear los viejos problemas «en una perspectiva nueva». El reciente establecimiento de relaciones diplomáticas entre Gran Bretaña y el Vaticano y la firme actitud del Gobierno frente a los grupos extremistas, contrarios a la visita del Papa, manifiestan una inequívoca voluntad de acercamiento.

Ahora le toca a la gente del cine, como antes a la del teatro. Y es que la cosa no tiene remedio. Hubo un día en que el invento de los hermanos Lumière —o de quien fuese— empezó a incrementar su clientela, y el hecho sólo pudo producirse, en definitiva, a expensas del público habitual de los comediantes. A la larga, ocurrió así, y más aún a medida que el cine fue perfeccionando sus recursos: los teatros se vaciaban, cerraron sus puertas muchos de ellos. Y se interfirió por añadidura otro factor: el económico. Por el mismo precio, y finalmente por precios más baratos, el vecindario tenía acceso a más horas de «espectáculo». Era otro tipo de espectáculo, desde luego, a menudo sin comparación posible —peor el cine—, pero a veces también altamente gratificador desde el punto de vista cultural. En todo caso, la situación se convertía en irreversible, y resulta tan obvia, que sorprende que aún haya quien se lamenta de la «decadencia» del teatro. Bueno: justo es que se quejen, porque, con la competencia cinematográfica, hacia crisis un género literario de insigne tradición y un arte histriónico considerablemente digno. Lo de hoy viene a ser aproximadamente lo mismo: la pantalla grande acusa la rivalidad de la televisión.

Y esta vez, quizás, a mayor escala. Si bien se mira, el teatro nunca dejó de ser un espectáculo de minorías. De amplias minorías, en algunos momentos, pero de minorías. Y no hace falta demasiada imaginación para comprenderlo: en cualquier ciudad normal, en pleno apogeo escénico, el aforo de los locales sólo significaba un porcentaje de plazas reducido, si se relacionaba con el total de la población. Con el cine, durante muchos años, numéricamente, la cabida aumentó, tanto en términos absolutos como relativos. Contribuían a ello la variedad, la baratura y la fascinación del nuevo espectáculo. Personas que antes sólo iban al teatro una vez al mes, o dos, o quizás al año, se acostumbraron a ir al cine semanalmente, o incluso con mayor frecuencia. Puede que en las grandes urbes se diesen excepciones: eran sólo aparentes. Bastaban para sostener temporadas teatrales largas: en realidad, apenas llegaban a ocultar la certeza final de unas mermas de taquilla globalmente sumado. Cuando el televisor se ha convertido en un electrodoméstico tan imprescindible o más que la nevera o la lavadora, el cine halló también su «decadencia». No tan marcada como la que él impuso al teatro: «decadencia», sin embargo.

La pequeña pantalla se está comiendo a la pantalla grande. Y no sólo porque en la tele se pasan largometrajes más o menos recientes, sino, sobre todo, porque la «sustitución» responde a casi idénticos motivos que la del teatro por el cine. Se trata, de nuevo, de un espectáculo diferente. De menor «calidad», casi siempre (sin exagerar, naturalmente: purrietas abundaron en el mundo de las candelillas, y abundaron entre las películas habituales, mientras que, dentro de sus límites, y precoz como es, la televisión también tiene sus cosas buenas). Espectáculo diferente con ventajas inéditas: no hay que molestarse en salir de casa, el costo es modestísimo y la oferta temática muy amplia. Muchos ciudadanos, y de todas las edades, renuncian al cine —como sus papás o sus abuelos al teatro— con la mayor naturalidad. Si algún día, al priva-

Masas y clases

Tecnología y cultura

Menos da una piedra. Uno de los muchos argumentos a favor de la «industria cultural», de la «cultura de masas», o de la «sociedad de consumo» —escojan ustedes la etiqueta que prefieran— es éste: que «antes» la gran música sólo era patrimonio de lugares o clases muy determinados. ¿Cómo podía llegar Bach, o Stravinski, o Alban Berg, a un reducto rural como el mío? Y los shakespeareos de sir Olivier o de Orson Welles, yo aún los vi en el cine. Y... No es lo mismo, insisto. Pero esta «desaristocratización» de la cultura, esta «descentralización», ha ampliado gloriosamente los beneficios eternamente acaparados por la «élite». Y ya un habitante de gran ciudad, por serlo, era «élite»: o podía serlo.

Así ha pasado en muchos sitios, y pasará aquí. Quedarán para el cine unos «fieles», como le quedan al teatro, suficientes para sostener un mínimo negocio. Que negocio eran, al fin y al cabo, cine y teatro. Y como se subvenciona al teatro para que no se extinga, no habrá de extrañarnos que las corporaciones públicas subvencionen también al Séptimo Arte. Y no me he referido ya a otro espectáculo, la ópera, cuyos problemas y cuya restricción viene de lejos... O al ballet.

Y todo ha sido una cuestión de «tecnología»: de tecnología y finanzas, para ser más exacto. Este matrimonio es imparable, guste o no. Y no me parece que sea una exclusiva de los territorios capitalistas: en todas partes, pronto o tarde, se impondrá. Es algo que tiene que ver con las «formas de producción», o como se diga. El proceso podría equipararse, salvando cuantas distancias se quiera, con las innovaciones introducidas en las industrias más conocidas —del vestido, de la alimentación, del transporte, de las comunicaciones verbales— o de la mecanización del campo. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, que el teléfono acabó con la literatura epistolar, y los coches con motor de explosión con aquellas bellas criaturas llamadas caballos, y el tractor con caballos, mulas, asnos y demás fauna laboral rústica —yo todavía he conocido bueyes («el bou, monument de pau», decía don Lorenzo Ribet) de labranza—, y así en lo demás? Es la vida, mis queridos amigos. Como, a otro nivel, el salto de las tisanas y las cataplasmas a las grajeas farmacéuticas. Para bien o para mal, así ha sido y así es. Veremos, si lo vemos, qué ocurrirá mañana. La cuestión, en el fondo, no es «volver al pasado», entre otras razones, porque es imposible. Toda nostalgia «idílica» es una tontería. La «cultura» no podía escurrirse de los planteamientos industriales serios, y la literatura, la música, las artes plásticas, tienen igualmente su inflexión: los libros de bolsillo, los discos, la obra «seriada»...

El tema daría mucho de sí, para el comentario. Pero volviendo al principio, ahí tenemos, dispuesto a popularizarse —todo es cosa de tiempo— lo del «video». Con el «video», un televidente con posibles podrá superar la esclavitud de los horarios de las emisoras, y se instalará ante su aparato con la programación que le plazca. Me temo que eso del «video» —por la cuenta que les tiene a sus fabricantes— se difundirá tanto como el afable transistor o como la útil «cassette». Cierto: no es lo mismo un espectáculo «en directo» que su versión grabada. Más que nadie, los aficionados a la música lo sabemos. Pero a falta de pan, buenas son tortas, y cuando uno no puede escuchar «directamente» a una diva, a un gran concertista, a una orquesta con su brillante director, se contenta con el long-play.

Menos da una piedra. Uno de los muchos argumentos a favor de la «industria cultural», de la «cultura de masas», o de la «sociedad de consumo» —escojan ustedes la etiqueta que prefieran— es éste: que «antes» la gran música sólo era patrimonio de lugares o clases muy determinados. ¿Cómo podía llegar Bach, o Stravinski, o Alban Berg, a un reducto rural como el mío? Y los shakespeareos de sir Olivier o de Orson Welles, yo aún los vi en el cine. Y... No es lo mismo, insisto. Pero esta «desaristocratización» de la cultura, esta «descentralización», ha ampliado gloriosamente los beneficios eternamente acaparados por la «élite». Y ya un habitante de gran ciudad, por serlo, era «élite»: o podía serlo.

Solo los detentadores de una u otra facilidad cultural lanzan impropiedades contra la «industria cultural». No importa su coloración: derechas o izquierdas (porque contra esa «industria» se pronunciarán izquierdosos muy ilustres). Los falsos marxistas de la Escuela de Frankfurt fueron hostiles —la mayoría, hijos de judíos acomodados, profesores, criados en dulces (o trágicos) hogares ilustrados— a la «cultura de masas». Pero esto es otra historia: la de la «cultura de masas», en su sentido estricto. Don Eugenio d'Ors, entre nosotros, llegó a postular el «leer a Platón en el tranvía». Era una bobada. Pero Adorno o Marcuse se habrían irritado si, por una casualidad improbable, se leyese a Platón en el metro. La «cultura de masas», si hemos de concretar la terminología, es otro asunto. ¿Qué leen las «masas», qué música prefieren, qué láminas adornan sus domicilios? ¿Y por qué esa «masa» se decide por lo «peor»? ¿Y quién tiene interés en que eso sea así? ¿Y qué son las «masas» y por qué lo son? Las manipulaciones resultan previsibles, y una «industria», aunque se dedique a la «cultura» —que no es lo corriente—, va a lo suyo: al lucro. No existe ningún tinglado discográfico, pongo por caso, que sea «las Damas de la Caridad de la Música Barroca». Y mucho menos de la música discotequera.

Ya no hay teatros, cada día habrá menos cines. Habrá otras «cosas». Y perdurará siempre algún teatro «de cámara», algún cine «marginal». Tampoco es como para mesarse los cabellos. Al fin y al cabo, algo tan importante como es la «poesía lírica» —o la «literatura», en general—, ¿no ha sido siempre, lo sigue siendo, y probablemente lo será en el futuro, una pequeña conspiración editorial, que luego pasa a los manuales de historia literaria, a las traducciones, y hasta a algún gran tiraje que se distribuye —que nadie se engañe— entre los minúsculos círculos de «amateurs»? «Cultura de masas» sería el venerable «Coyote» o la Corin Tellado. Podría ser otra cosa. Literatura como el «Coyote» o como la de la señora Tellado va en contra de los intereses de las «masas»: inculcan obviamente una ideología que no es la que las «masas» tendrían que asumir. Como el teatro, el cine y la televisión han hecho, por lo general. Pero no todo el teatro es Brecht, ni todo el cine Eisenstein, ni toda la pintura el «Gernika». Ni el concepto de «masas» coincide con el de «clases». Ni la «cultura» suele tener, en sus usos, una definición clara. No hemos de pedir peras al olmo... Hoy por hoy, digo.

Joan FUSTER

Cartas de los lectores

Propaganda obscena y... oficial

Señor Director:

Sabemos que el mundo está mal. La crisis económica, el paro, etc. Sabemos que siempre en las épocas de cambio, máxime de cambio de un régimen dictatorial a otro democrático, como el que estamos llevando a cabo en España, hay un período de «adaptación psicológica y sociológica» en la mente de cada ciudadano y de la colectividad en su conjunto.

Al salir a la calle a trabajar he tenido la sensación de encontrarme en un inmenso zoológico. Y no es para menos. Se hallaban expuestos, en esa especie de muros de inmundicia y demencia que son los postes de propaganda municipales y que por desgracia están repartidos por toda la ciudad, unos carteles anunciadores de no sé qué espectáculo subvencionado por la Diputación de Barcelona y el Ayuntamiento de Hospitalet. No representaban ni más ni menos que los órganos sexuales de un hombre, no sé si en versión original o en representación plástica muy lograda. Da la curiosidad que se colocaron con especial profusión en los sitios cercanos a colegios. Por desgracia, a estas alturas uno no se asombra de nada. Pero es triste que manifestaciones de degenerados sean subvencionadas por autoridades oficiales como «cultura». Al igual que es triste que nuestras autoridades de la Generalitat y del Estado español, que particularmente se dicen «católicas» y que con esa etiqueta reclamaron nuestros votos hace

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección.

tres años, hagan el despistado cuando se trata de manifestar, que no imponer, públicamente una moral y una ética a la que dicen estar privadamente adheridos. A eso desde que el mundo es mundo, se le llama pura y simplemente fariseísmo, cobardía y oportunismo.

Joaquim RIERA

Señor Director:

Le escribo para expresarle mi desagrado por un cartel publicitario que ha aparecido estos días en las calles barcelonesas y que tiene por tema central la ampliación de una fotografía de los órganos genitales masculinos, anunciando una compañía que se autotitula «Teatre Metropolita de Barcelona».

Protesto porque, como miembro de una antigua familia barcelonesa, me duele que se emplee el nombre de nuestra ciudad en una exhibición de tan pésimo gusto.

La pornografía suele autofinanciarse, pero, según dicho cartel, esta «Compañía» tiene subvención de la Diputación y del Ayuntamiento de Hospitalet. Además cuenta con el asesoramiento de los Servicios Culturales del Ayuntamiento de Barcelona y de la Generalitat. Si el dinero del contribuyente —es decir, «nuestro dinero»— se emplea en tan bajos menesteres será cuestión que en las próximas elec-

ciones, antes de votar, nos informemos de la categoría moral y del buen gusto de los candidatos.

J. M. C.

Carteristas en los transportes públicos

Señor Director:

Animado por la publicación de una carta, anterior a ésta, hace ya algunos meses, me decido ahora a escribir de nuevo para recordar el asunto que ya aquella vez expuse. Se refería a la actuación, en nuestros transportes públicos, de grupos de carteristas que, haciendo alarde de «meritorias habilidades manuales», hacían llegar, hasta sus bolsillos, las carteras ajenas.

Ya en aquella ocasión relaté cómo, en determinados trayectos, era un constante ver «trabajar» a estos profesionales de la «magia delictiva», proponiendo a través de la carta a su peritódico, y a quien procediera, la colocación visible de algún rótulo que pusiera en guardia a los usuarios y contribuyera a dificultar la labor de estos molestos conciudadanos.

Ignoro si fue gracias a mi escrito, pero, un tiempo después, aparecieron unos adhesivos alusivos al tema, si bien en número limitado.

Ahora, a unos meses vista del asunto, han vuelto a desaparecer los adhesivos y han vuelto al

«trabajo» los amigos de lo ajeno. ¿Se teme quizá por la mala impresión que puedan dar los letreros a los extranjeros que venimos al Mundial-82?

Eduard BARTOLI I MERCADER

Limpieza con precipitación y desorden

Señor Director:

Es de agradecer el interés del Ayuntamiento de Barcelona por presentar limpia y aseada la ciudad con motivo de la celebración de los Mundiales de Fútbol 82. Cuando era de presumir que todos los alrededores de la capital tomarían el mismo ejemplo, observamos con verdadera pena que esta iniciativa no es correspondida, por cuanto a lo largo de las vías de los ferrocarriles de Renfe, junto a la avenida Villanueva y calle Isaac Peral, en Hospitalet, y por encima del canal de la Infanta, se han construido precisamente en estos momentos una cantidad muy seria de «espacios agrícolas» cerrados con tablas, palos, plásticos, telas metálicas y otros componentes que ofrecen una sensación de miseria y abandono, especialmente si en un tiempo más o menos largo se convierten en lugares de vivienda.

Es posible que todo ello se haya producido por falta de coordinación entre ambos Ayuntamientos y, a la vez, me pregunto qué pensará el Ayuntamiento de Hospitalet. ¿Tendrá algo que decir la Junta del Canal de la Infanta? ¿Y la Renfe...?, pues pienso que los terrenos afectan a una de las dos o a ambas.

UN AMIGO DE LA LIMPIEZA